

# ¿QUÉ ES EL HOMBRE?

*(Carta de la Sra. Heindel a los estudiantes, de marzo de 1921)*

En el Salmo 8:5-7, el rey David formula una pregunta que ha pasado por los labios de los sabios a través de los siglos:

“¿Qué es el hombre, para que tengas memoria de él, y el hijo del hombre, para que lo visites? Pues lo has hecho poco menor que los ángeles y lo has coronado de gloria y de lustre. Lo hiciste enseñorear las obras de tus manos. ¡Todo lo pusiste bajo sus pies!”

El esfuerzo que el hombre ha hecho por resolver este gran misterio ha sido la causa de que muchos perdieran la razón. Múltiples han sido los que han ocupado toda su vida queriendo encontrar solución a este problema, para llegar, a la postre, a la sepultura, sin haber hallado la respuesta apropiada.

Job, con gran desesperación, cuando sus tribulaciones eran ya tales que parecía no poderlas soportar, aún clamaba a Dios: “¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas?”.

Mas, ¿dónde ha de buscar el hombre la verdad acerca de sí mismo? ¿A quién podrá acudir para lograr ese conocimiento? ¿Quién hay que sea lo suficientemente sabio para poder contestar esta pregunta de modo inteligente?

En el salmo 139:14-16, el rey David alaba a Dios por su grandeza al forjar al hombre: “Te doy gracias porque eres sublime y te distingues por tus hechos tremendos: yo lo sé muy bien, conocías hasta el fondo de mi alma, no se te escondía mi organismo. Cuando en lo oculto me iba formando y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mi embrión, mis días estaban modelados, escritos todos en tu libro, sin faltar uno.”

En estos versículos se ve que el rey David creía en la evolución y bien podemos maravillarnos de que haya personas que, después de leer estas palabras como estudiantes de la Biblia, aún perseveren en sus creencias fundamentalistas. David confiesa que su arquetipo fue escrito antes que él en el libro de Dios. Un pensamiento de Dios lo creo. El período de involución a que se refiere en el Salmo, bien puede

compararse a la descripción rosacruz de la Tierra al principio de la Época Polar.

En el primer capítulo del Génesis, versículo 9, Dios dice. “Júntense las aguas que estén debajo de los cielos, en un lugar, y descúbrase la tierra seca”. Fue en este período en el que los Espíritus Virginales, con la ayuda de seres divinos, iniciaron la obra de cristalizar, del espíritu universal, el primer modelo del cuerpo físico, que fue una forma gelatinosa y transparente, muy parecida al zoófito. Se nos dice en el Concepto Rosacruz del Cosmos que “ambos, la vida y la forma, tuvieron su principio en el espíritu, espacio, caos”, como David dice cuando asevera. “Mis días estaban modelados, escritos todos en tu libro, sin faltar uno”. Con esto, pasamos al cuarto día o época de la creación de la Tierra, tal como se nos describe en el Génesis, 1:11-12:

“Y dijo Dios: Verdee la tierra hierba verde que engendre semilla y árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra. Y así fue. La tierra brotó hierba verde, que engendraba semilla según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla según su especie. Y vio Dios que era bueno.”

El versículo 16 dice: “E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor, para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche”. En este período, la Tierra fue arrojada del Sol.

Y así, podemos seguir la obra del espíritu humano en la edificación de su templo, el cuerpo que habría de ocupar. La condición del hombre en los tempranos períodos de su existencia, puede compararse a la del arquitecto que labora fuera del edificio, puesto que en aquel entonces, el espíritu trabajaba sobre la estructura humana desde el exterior. El esqueleto empezó a endurecerse durante la Época Lemúrica. En aquel entonces, la Luna fue arrojada de la Tierra. El cuerpo que el espíritu había ya construido, alcanzó tal desarrollo que parecía anfibio, muy semejante al embrión humano durante la sexta o séptima semana. Estaba entonces el cuerpo en su estadio animal. Y dijo Dios (1:24): “Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales en la tierra.” Entonces el hombre se abrió paso hacia arriba, para alcanzar la etapa humana. Este crecimiento puede observarse en el embrión que, según se nos dice, es prototipo del crecimiento y desarrollo del cuerpo físico del hombre, mientras pasaba por las épocas más tempranas del Período Terrestre.

La Era Atlante fue el sexto día de la creación. Durante sus épocas más tempranas, el espíritu humano se encontraba parcialmente consciente de su entorno. Estaba en directa comunicación con el mundo invisible, y sólo en parte, se daba cuenta de lo material. Pero, cuando su edificio alcanzó el punto en que necesitó ventanas por las que se pudiera vislumbrar la luz del día, sus ojos se abrieron. Y se vio a sí mismo como una entidad separada, y tuvo que “trasladarse a vivir” al vehículo físico que había construido, al que ya no podía guiar desde el exterior. Hubo de convertirse en el verdadero inquilino de su propia casa, que ya no era un autómatas, guiado por Dios. Pero, al abrírsele abrieron los ojos para contemplar el mundo físico, perdió la facultad de ver a sus guías espirituales. Se le expulsó, pues, al mundo material, para que aprendiera lecciones que no podía aprender mientras continuara bajo la dirección y cuidado de los Seres Divinos.

El hombre había llegado, en su evolución, a una etapa equivalente a la pubertad, tiempo en el que el cuerpo de deseos empieza a expresarse. Entonces empezó su verdadera peregrinación. Ya no gozaba del amparo y la protección de seres que viven en el mundo celestial. Con su propio comportamiento ocasionó que la puerta se le cerrara y, como el joven que se aleja del hogar paterno para labrar su porvenir en el mundo, tuvo que escoger entre dos senderos, uno de pureza y rectitud y, el otro, de tentación y pecado. Si el joven escoge el primero de estos senderos, lo guiará el éxito, y su vida estará repleta de oportunidades de hacer el bien. Mas si, por ventura, escoge el sendero de la izquierda, el de la ociosidad y el pecado, encontrará, al fin de su vida, que ésta ha sido un fracaso y que sus parientes, se encuentran, por tanto, en la necesidad de mantenerlo. Del mismo modo, el espíritu humano tiene que escoger su sendero en el mundo físico. Al principio de la revolución que conduce hacia arriba en el sendero evolutivo, el hombre aún era semejante a los animales, viviendo primero en grupos y después en tribus. Después, el espíritu humano, en su afán de evolucionar, se asoció con otros de la misma raza y, en virtud de ese compañerismo y dedicación a su especie, alcanzó un efectivo adelanto espiritual. Este amor a la raza o al país nació en el hombre al ser dotado del libre albedrío. Como su visión espiritual se había oscurecido, tuvo que adquirir experiencia de otros y depender de su ayuda y compañerismo.

El hombre ha sido sumamente lento en asimilar la lección de que debe ser un individuo consciente , guiado por sí mismo, puesto que es

una chispa divina, un dios en embrión. Debe aprender a buscar dentro de sí mismo la guía divina, para no depender de otros. Debe emplear las capacidades de que Dios lo ha dotado para adquirir conocimientos. Mediante la lucha por la adquisición de esos conocimientos, va construyendo su carácter y éste, a su vez, desarrolla las facultades del alma.

Al principio, la chispa divina fue lanzada al espacio como consecuencia del deseo que el espíritu sentía de crear, pues el deseo es un instrumento sumamente necesario que el hombre debe emplear en el desarrollo de las cualidades anímicas. Pero, muy a menudo, se asocian en la mente humana el deseo y la naturaleza inferior y sensual. Sin embargo, sin el deseo, habría bien poco crecimiento espiritual, puesto que, cuando el deseo se encauza y se transmuta debidamente, es un efectivo poder, por virtud del cual, el motor humano continúa en acción.

Los vehículos inferiores del hombre son sus servidores, cuando alcanza el suficiente grado de unidad con el Yo Superior. Entonces puede dominar, y ordenar a esos servidores, que cumplan su voluntad. Cuando se haga dueño de su propio templo, ya no necesitará buscar conocimientos en el exterior porque, en verdad, ya “sabrá”. El Dios Interno lo guiará. Ya no será víctima de su medio ambiente. Pero, hasta que no alcance ese sublime desarrollo, debe pasar por el fuego de la purificación. El alma debe sentir la tristeza y el sufrimiento, puesto que se ha acarreado estas pruebas por su ignorante oposición a las leyes de Dios y, cuanto antes llegue a ese grado de no oposición a los impulsos superiores, antes será libre.

La vida es semejante a un gran mar en el que el espíritu del hombre emplea su cuerpo como una barca que flota en el océano de la vida. En él se encuentra una corriente creada por el pensamiento humano, con la que el hombre puede flotar y seguir el derrotero del placer o línea de menor resistencia. Mientras flote con la corriente, todo le parecerá fácil y creará que la vida es una placentera sucesión de eventos, frecuentemente libres de todo infortunio. No obstante, el alma depende de su instrumento para lograr el desarrollo necesario. A pesar de la tosquedad de la existencia física, los deseos son las alas que, paulatina pero insistentemente, elevan al alma hasta las alturas. Los sufrimientos que sobrevienen en la vida son las flagelaciones que el hombre recibe porque quiere hollar el sendero del placer, y porque permite que sus deseos se enseñoreen de él en vez de constituirse él en

el dominador. Es el “esmerilado” del sufrimiento el que hace resaltar el lustre del alma, la parte invisible del hombre divino. El alma obtiene su alimento para el crecimiento de las experiencias del hombre físico o carnal. Crece a través de sus sufrimientos y regocijos y, con el tiempo, alcanzará la iluminación. Por medio del cuerpo-alma, los dos éteres superiores, el hombre, con el tiempo, alcanzará un estado de conciencia sumamente elevado, ya que es el vehículo que lo elevará a las alturas de la deidad.

\* \* \*